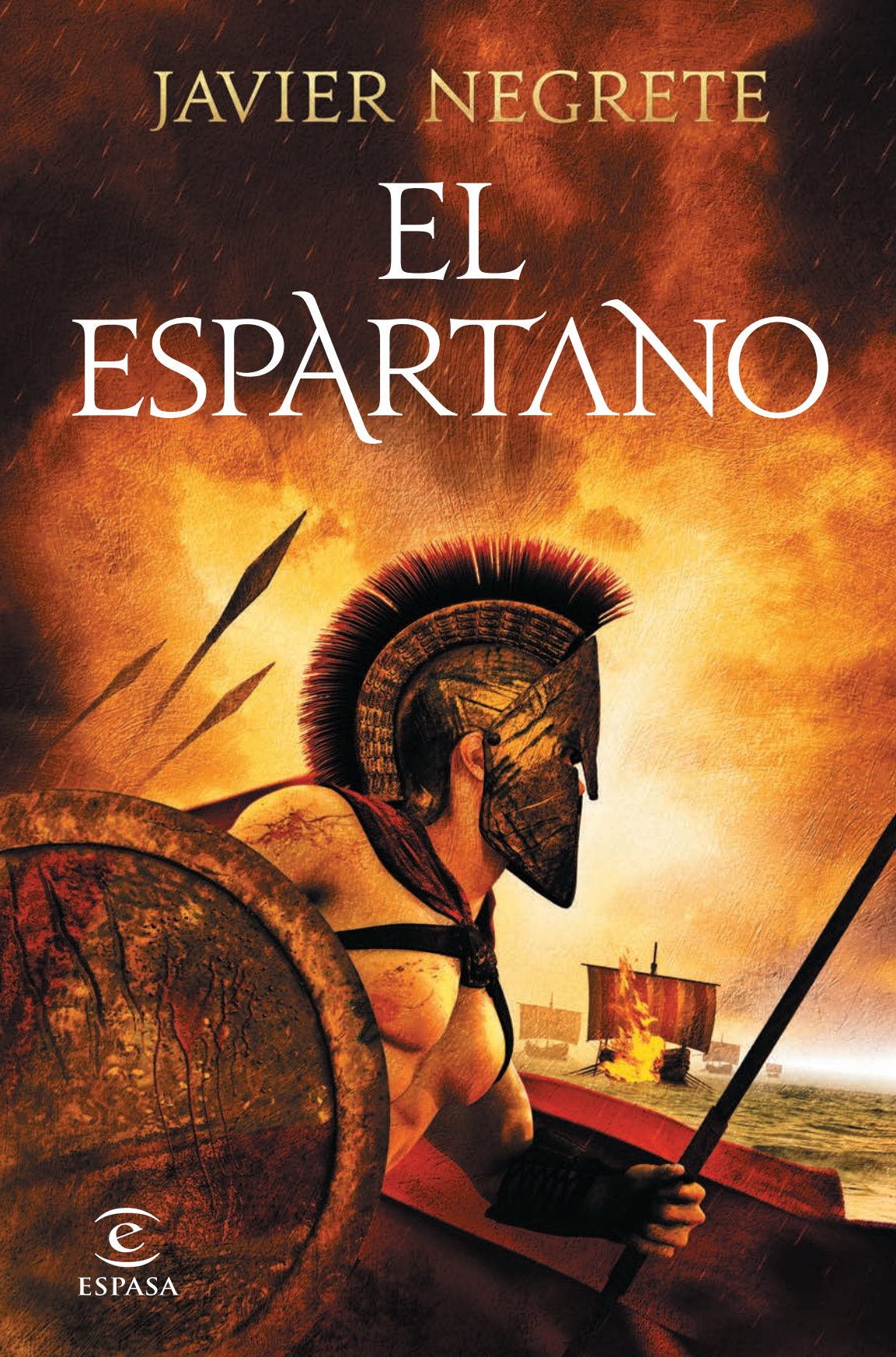
JAVIER NEGRETE

EL ESPARTANO



ESPASA

JAVIER NEGRETE

EL ESPARTANO

ESPASA NARRATIVA

© Javier Negrete, 2017
© Espasa Libros S. L. U., 2017

Diseño e ilustración de cubierta: Opalworks BCN
Diseño e ilustración de las guardas: CalderónStudio

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B 5716-2017
ISBN: 978-84-670-4775-2

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain
Impresión: Unigraf, S. L.

Espasa Libros S. L. U.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

Índice

Prólogo 9
Primera parte. El príncipe Perseo 21
Capítulo 1 23
Capítulo 2 54
Capítulo 3 115
Capítulo 4 180

Segunda parte. Las pruebas 199
Capítulo 1 201
Capítulo 2 267
Capítulo 3 284
Capítulo 4 310

Tercera parte. Estigia 343
Capítulo 1 345
Capítulo 2 362
Capítulo 3 454
Capítulo 4 468

Cuarta parte. Termópilas 495
Capítulo 1 502
Capítulo 2 521
Capítulo 3 528
Capítulo 4 541
Capítulo 5 549
Capítulo 6 553

Quinta parte. Amnesia 563
Capítulo 1 565
Capítulo 2 581

Capítulo 3 593
Capítulo 4 601
Capítulo 5 619
Capítulo 6 630
Capítulo 7 638
Capítulo 8 648
Capítulo 9 659
Capítulo 10 671
Capítulo 11 686
Capítulo 12 697
Capítulo 13 710
Capítulo 14 726

SEXTA PARTE. PLATEA 749
Capítulo 1 751
Capítulo 2 766
Capítulo 3 779
Capítulo 4 811
Capítulo 5 834
Capítulo 6 854
Capítulo 7 877
Capítulo 8 897
Capítulo 9 926
Capítulo 10 950
Capítulo 11 966

EPÍLOGO 976

APÉNDICES 993

1

Esparta, 503 a. C.

El príncipe Perseo, al que un oráculo había vaticinado que llegaría a ser el primero de los espartanos, presenció su primera batalla a los siete años.

No se trataba de una verdadera contienda, sino de un combate ritual. Con todo, que en ella no se blandieran armas no significaba que, al igual que en las batallas campales, no hubiese gritos, golpes, polvo, sangre y más de un hueso roto.

Se enfrentaban dos ejércitos en miniatura, formados por muchachos de dieciséis años. Los que llevaban pañuelos rojos anudados al cuello pertenecían al batallón de Pitana y los de los pañuelos verdes, al de Mesoa. El que venciera lucharía contra el ganador del combate del día siguiente, entre los batallones de Amiclas y Cinosura. Y, a su vez, el superviviente de ese duelo pelearía en la ronda final contra los campeones del año anterior, los jóvenes del batallón de Limnas.

El campo donde se libraba la contienda era el llamado «los Platanistas», una isla artificial creada entre dos canales desviados de las aguas del Eurotas. Disponía de varias explanadas muy amplias, donde se ejercitaban los niños y los jóvenes que, con el tiempo, se convertirían en los mejores soldados de Grecia. También había algunas zonas pobladas de sauces y álamos y, sobre todo, de frondosos plátanos que le daban su nombre al lugar.

Dos días después, todo el recinto se vería rodeado de espectadores, tanto espartanos como extranjeros, que acudirían allí para contemplar la batalla final. Pero en aquella mañana

había mucha menos gente. La poca que había se concentraba al otro lado del canal sur, donde el sol de finales de la primavera era agradable y la vegetación que rodeaba los Platanistas, menos espesa, permitía observar el combate con más detalle.

Por la parte norte no se veía prácticamente a nadie. Allí las orillas eran más escarpadas y el canal se abría en charcas y corrientes más pequeñas, plagadas de piedras resbaladizas. «No juguéis ahí, que os podéis abrir la cabeza», había avisado Hipólito, el pedagogo que cuidaba a Perseo y a su hermano Nabis.

Por supuesto, ambos se habían escapado de él para jugar precisamente en esa zona y correr de un lado a otro entre cañas, árboles, rocas y regatos alimentados por el canal. A ratos seguían las peripecias de la batalla y a ratos luchaban entre ellos, con la energía inagotable y sin canalizar de su edad. Casi todas las peleas las ganaba Perseo. Pese a que en teoría era el menor —había nacido unas horas después que Nabis—, le sacaba a su hermano cuatro dedos de estatura y desde el principio había sido más fuerte y de movimientos más coordinados.

Por lo demás, no se parecían en nada. Perseo tenía la piel marfileña, el cabello dorado y los ojos azules de su madre, la reina Pércalo, a la que los espartanos —nunca en su presencia— llamaban la Belleza de Hielo. Nabis había salido al rey, Damarato: moreno, con las piernas cortas y arqueadas, los ojos estrechos y alargados y los labios finos como tiras de metal.

Por tercera vez aquella mañana, Perseo logró derribar a su hermano de espaldas en un terrón de barro oscuro. Se sentó sobre su pecho, lo inmovilizó poniéndole las rodillas sobre los antebrazos y empezó a propinarle unas bofetaditas que, por suaves que fueran, sacaban de quicio a Nabis. Lo sabía bien, porque, en las raras ocasiones en que era él quien acababa con la espalda en el suelo, también se enfurecía.

—¡Ríndete!

—¡Jamás! —contestó Nabis—. ¡Soy un espartano!

Eso se daba por supuesto. En una de sus primeras peleas, Nabis había reconocido la derrota. El pedagogo Hipólito lo

había oído, los había plantado en sus rodillas y les había dado una azotaina a cada uno; primero a Nabis por rendirse y después a Perseo por consentirlo. «No puedes permitir que un espartano se rinda. ¿Qué ejemplo darías así si fueras rey?».

De modo que ahora Perseo se contentó con arrancar del suelo un trozo de musgo y hacérselo masticar a su hermano. Después se levantó y salió corriendo para escapar de sus represalias.

—¡Ha vencido Mesoa! —gritó mientras saltaba entre las raíces y las piedras que abundaban en aquella parte más somera y umbría del canal.

—¡Pues en la isla está venciendo Pitana! —replicó Nabis, que tras una breve carrera había renunciado a alcanzar a su hermano y se había encaramado a una roca para ver mejor lo que sucedía en los Platanistas.

Allí, en efecto, los pañuelos rojos de Pitana, que habían entrado en la isla por el puente de Licurgo, estaban ganando terreno a los pañuelos verdes, a los que empujaban hacia el puente de Heracles. En eso consistía la batalla: en empujar literalmente a todos los enemigos y expulsarlos de los Platanistas, hasta que no quedara uno solo. A algunos los sacaban por el puente haciéndolos recular, pero a la mayoría los arrojaban directamente al agua, entre chapoteos, gritos, carcajadas y maldiciones que habrían hecho sonrojarse a un carretero.

Perseo se acercó adonde estaba su hermano, se encaramó a la misma piedra y se agarró a la rama de un árbol cercano para hacer equilibrios sobre un pie. Habían pasado un par de minutos desde su pelea, plazo suficiente para que se considerara firmada entre ellos una tregua momentánea.

—¡Mira! ¡Ése va a hacer ruido! —exclamó Nabis.

Dos robustos muchachos de Pitana estaban manteando a un rival de Mesoa, cuya cabeza pelirroja destacaba entre las demás como una llamarada. En cada balanceo tomaban más impulso, hasta que al final decidieron soltarlo. En aquella zona la orilla formaba un pequeño acantilado, por lo que cuando el pelirrojo cayó al canal, lo hizo con un sonoro chapoteo y levantó un anillo de agua espectacular. Al cabo de

unos segundos salió a la superficie, escupiendo y jadeando, y se retiró hacia la otra orilla del canal chapoteando con aire abatido.

—¿No sabes quién es? —preguntó Perseo.

—No.

—Es Pausanias, el sobrino del *otro*.

Solían emplear esas palabras, el *otro*, para referirse al rey Cleómenes, gobernante de la dinastía rival. Desde bien pronto, a los mellizos les habían imbuido que los Agíadas eran una pandilla de corruptos, lujuriosos, tramposos y borrachos; nada que ver con las acendradas virtudes de ellos, los Euripóntidas.

Sin embargo, Perseo ya tenía las bastantes luces para darse cuenta, por detalles que iba captando, de que aquel retrato tan contrastado no era del todo exacto.

—¡Pues que lo enculen! —dijo Nabis.

—Si Hipólito te oye decir eso, te va a dar una buena.

«Encular» y «joder» eran dos palabras que decían cada vez que no había adultos, aunque no tenían ni idea de lo que significaban. Sólo sabían que les estaban prohibidas por ser niños y, por lo tanto, cada vez que las pronunciaban se llenaban la boca con ellas alargando las vocales y se tronchaban de risa.

La batalla de los Platanistas parecía cada vez más decidida. Al principio, los dos ejércitos se habían embestido agrupados en verdaderas falanges, en las que a falta de escudos enlazaban los brazos para establecer una muralla humana. Pero ahora las formaciones se habían roto, y los de Pitana, en superioridad numérica, rodeaban en parejas y tríos a sus adversarios y los arrojaban sin contemplaciones al canal, del que cada vez asomaban más cabezas y brazos que chapoteaban impotentes.

—¡Qué divertido! —exclamó Nabis. Empezó a contar con los dedos y, cuando llegó al meñique de la mano derecha, dijo—: Cuando tenga diez años más, estaré ahí con los de Pitana y ganaré. —Después se volvió hacia su hermano y, para vengarse de su reciente derrota, añadió—: Y tú no. ¡Jódete!

Perseo torció el gesto.

—¿Y por qué no puedo estar yo? No es justo.

—Porque vas a ser rey, cabeza de calabaza —contestó Nabis, saltando de lo alto de la piedra a una poza para alejarse de las represalias de su hermano.

—Yo no quiero ser rey. Yo no quiero ser un aburrido como nuestro padre. ¡Yo quiero ir al campamento y ser un guerrero!

—Entonces, ¿vale que yo sea rey y me quede con madre mientras tú te vas al campamento?

—¿Y por qué no podemos ir los dos juntos? Yo quiero estar contigo.

Por más que se pelearan y se hicieran rabiar, Perseo no concebía la vida en palacio sin su hermano. Y sabía que le quedaba poco tiempo: antes de medio mes, los oficiales del paidónomo se llevarían a Nabis al campamento de la *agogé*.

—No podemos, idiota —respondió Nabis—. Ya te lo han dicho mil veces. Uno de nosotros tiene que quedarse para ser rey.

—No es justo —repitió Perseo.

Durante el invierno, Perseo le había planteado a su padre esa misma idea. El rey estaba sentado en su estancia favorita, un salón decorado con pinturas ya desvaídas que representaban sombrías escenas de guerreros caídos. Los postigos de las ventanas estaban cerrados y en el hogar sólo quedaban rescoldos rojos, pues a Damarato le gustaba rumiar sus pensamientos lejos de la luz.

—¿Por qué no me voy yo también al campamento con Nabis?

La mirada de su padre siempre era severa, incluso cuando cavilaba para sí y la tenía puesta en la nada; tan severa como las dos arrugas verticales que surcaban sus enjutas mejillas a modo de cuchilladas. Pero entonces, al oír a Perseo, sus pupilas se contrajeron y su ceño se arrugó.

Su padre tenía esa forma de mirar, con ojos fríos como los de una estatua, y para colmo la acompañaba con silencios. Aquellos silencios del rey, largos e incómodos, que hacían a sus interlocutores hablar de más, y a Perseo sentirse culpable de algo, sin saber muy bien de qué. ¿Tal vez de no conseguir que su padre sonriera jamás?

—La ley estipula que el príncipe heredero se eduque en palacio, fuera del campamento —había respondido por fin el rey—. Así fue el pacto entre nuestros antepasados, los Heráclidas, y los dorios que poblaron Esparta con ellos. Y así se mantendrá mientras el sol gire en el cielo. La ley es nuestra soberana.

Cuando su padre pronunciaba esas palabras —«La ley es nuestra soberana»—, no había más que añadir.

Recordando aquello, Perseo trató de consolarse. «Soy el príncipe heredero», se dijo. Tras saltar de la piedra, mientras seguía a su hermano hacia el puente de Heracles, donde parecía que iba a terminar la batalla, exclamó:

—¡Pues por lo menos, cuando yo sea rey, ganaré una batalla de verdad!

—¡Nunca vas a estar en una batalla y yo sí! ¡Seré el comandante del batallón de Pitana! —se burló Nabis, arrancando a correr de nuevo.

—¡Voy a ser rey y podré hacer lo que quiera! ¡No voy a mandar a un batallón! ¡Voy a mandar a Esparta entera en una batalla!

—¿Ah, sí? Entonces, ¿por qué padre nunca va a la guerra? ¿Por qué siempre va el *otro*? ¡A ti te va a pasar lo mismo!

Enfadado por las palabras de su hermano, Perseo corrió detrás de él. Lo normal era que lo hubiera alcanzado enseguida, pero una raíz sumergida se interpuso en su camino, con lo que dio de bruces en el barro. Se levantó con las manos y la frente manchadas de hojas podridas y cieno negro, y empezó a llorar. No de dolor ni por la caída, sino por la humillación.

—No es verdad —sollozó, para sí—. No es verdad. ¡Cuando sea mayor, ganaré la mayor batalla del mundo! ¡Lo vais a ver todos!

Fue en ese momento cuando escuchó los gritos de su hermano y unos gruñidos que no parecían humanos.

Perseo se levantó y, previendo algún peligro, cogió del suelo el palo más grueso y largo que vio. Después acudió hacia los gritos. Para hacerlo, tuvo que rodear el tronco de un enorme plátano que le tapaba la línea de visión.

—¡Socorro! ¡Socorro!

Su hermano venía corriendo hacia él, chapoteando entre el barro y las charcas. Detrás de él venía la causa de su huida: un jabalí furioso. En realidad, se trataba de un jabato, pero a Perseo, con su estatura, se le antojó grande como un toro.

No se lo pensó un instante. Enarbolando la rama sobre su cabeza como si fuera una lanza, corrió de frente hacia el animal mientras gritaba:

—¡Aparta, Nabis! ¡Yo te salvaré!

Después, todo se volvió negro.

A no mucha distancia de la isla artificial donde combatían los jóvenes, se alzaba un plátano muy peculiar. El tronco, tan ancho que habría hecho falta un corro de diez personas para abarcarlo, se dividía a metro y medio del suelo en cinco ramas del mismo grosor, que se abrían en ángulos parejos, casi perfectos, y ascendían a una gran altura. Una frondosa rama por cada una de las cinco aldeas que en un pasado remoto se habían unido para formar Esparta: Pitana, Mesoa, Cinosura, Limnas y Amiclas.

Aquél era el plátano de Helena, patrona de Esparta. Las doncellas que iban a casarse acudían a él, trenzaban coronas de trébol y se ponían de puntillas para adornar con ellas sus ramas. También ungían el tronco con aceite de oliva que traían en una alcuza de plata y grababan en su corteza con cuchillos sus nombres y los de sus futuros esposos, debajo de una vieja inscripción en la que se leía: «Venérame, soy el árbol de Helena».

A pocos pasos del enorme árbol se levantaba un templete de adobe rojo. En su interior, una única sala que incluso como alcoba habría resultado modesta, había un *xóanon*, una antigua estatua de madera pintada y repintada de vivos colores que representaba a Helena.

Y ante la estatua, arrodillada en el suelo con el trasero apoyado en los talones, se hallaba Ferenice. Viuda del anterior rey Aristón, madre del actual rey Damarato, abuela del futuro rey Perseo.

Por estos dos últimos rogaba a Helena, a la que acababa de ofrendar caros perfumes traídos de la lejana Siria, y también dorados pastelillos de miel, y huevos cocidos pintados de rojo para recordar que la heroína había nacido de un huevo de cisne.

—¡Hija de Zeus Cronida, que toda mi vida me has sido propicia! Tú, verdadera soberana de Esparta, cuya mano otorgó el trono a tu esposo Menelao, ilumina a mi hijo Damarato con la sabiduría que necesita un rey, ya que ni la alegría ni el amor anidan en su alma.

»Sobre todo, cuida de mi nieto Perseo. Es un niño noble y de mirada limpia, pero sé que está destinado a sufrir mucho. Por favor, hermosa Helena, protégelo y guíalo en los trances que le aguardan.

Cuando nacieron los mellizos, sus únicos nietos, un adivino errante había aparecido en palacio. El adivino, un hombre alto que peinaba su barba en dos largas trenzas adornadas con cascabeles de cobre, había ofrecido a Ferenice consultar el futuro de los dos niños a cambio únicamente de una cosa.

—Nunca les hables de mí, ni de lo que yo te vaya a decir.

Ferenice no se pudo resistir a una profecía aparentemente tan barata. El adivino, después de escrutar entrañas de animales, escuchar el susurro de las hojas en el árbol sagrado de Calcante y escudriñar las estrellas, le dijo:

—Oscuro es el porvenir del que nació primero, Nabis. De recuerdo breve, de la oscuridad viene y a ella regresará. Pero accidentado es el futuro del hermano que nació después. Zeus le verterá medidas parejas de la tinaja de la gloria y de la tinaja de la humillación, y el dolor será su compañero. Será el último entre los espartanos y, cuando llegue la hora decisiva, será el primero de los espartanos.

Ferenice había escuchado el oráculo una sola vez y, sin embargo, lo tenía grabado en la memoria. Perseo, aunque había nacido horas después que su hermano, estaba destinado a ser rey por la costumbre espartana. Pero, se preguntaba la abuela, ¿qué tribulaciones debería sufrir antes de sentarse

en el trono? ¿Por qué tenía que sufrir humillaciones, qué significaba «el último de los espartanos»?

Mientras cavilaba sobre aquello, oyó a su espalda unos pasos menudos. Torció el cuello para mirar hacia la puerta. En ella, recortándose contra la luz, vio a una niña que no podía tener más de seis años. Obviamente, los dos soldados de la escolta real que montaban guardia en el exterior del templete no la habían considerado una amenaza. Venía descalza y había perdido el ceñidor, pero tanto el material de la túnica como las finas costuras, la falta de remiendos y el vivo color azul revelaban que era una prenda de calidad. No se trataba de una niña ilota, sino de la hija de algún ciudadano distinguido.

—Qué raro huele aquí —dijo la niña.

—Eso es porque estoy quemando mirra.

—¿Quién eres tú?

Ferenice apoyó las manos en el suelo para girarse sobre las rodillas y poder mirarla sin forzar las cervicales, porque cuando lo hacía no tardaba en sentir vértigos.

—¿No crees que debería ser yo quien lo pregunte?

—¿Por qué?

—En primer lugar, porque yo estaba aquí antes que tú. Y, en segundo lugar, porque soy vieja.

La niña se quedó pensativa. Tenía los ojos oscuros y muy grandes, con una ligera caída oblicua hacia las comisuras exteriores, lo que confería a su mirada una extraña melancolía. Pestañeaba poco, y lo hacía muy rápido, como si creyera que ese brevísimo instante en que los párpados cubrían sus ojos fuera tiempo que perdía para absorber todo lo que podía ofrecerle el mundo exterior.

—¿Eres abuela? —preguntó por fin la niña.

Ferenice sonrió.

—¿Por qué?

—Porque has dicho que eres vieja. Las madres son mayores y las abuelas son viejas.

—Pues lo has adivinado. Soy abuela.

—Pues eres muy guapa. No pareces vieja.

La sonrisa de Ferenice se amplió. No hacía mucho que había pasado los cincuenta años. De ser una campesina ilota, tendría la cara surcada de arrugas como una sementera y, seguramente, le faltarían unos cuantos dientes. Pero, amén de ser la reina madre, pasar buena parte del tiempo protegida del sol y no haber realizado una tarea penosa en su vida, gozaba de la bendición de Helena.

—Eso es gracias a la diosa que ves aquí —dijo Ferenice, señalando a la estatua de madera—. ¿Sabes quién es?

La niña asintió. ¿Cómo no iba a saber quién era Helena? Al hacerlo, metió la barbilla para dentro en un gesto que Ferenice, que no tenía nietas, encontró adorable.

—Pero sigo sin saber quién eres tú —insistió la cría, adelantándose un poco. Su rostro llegaba apenas a la altura del de Ferenice, que continuaba sentada sobre sus talones.

Divertida, Ferenice decidió contestar primero.

—Soy la madre del rey.

—¿Cómo vas a ser la madre del rey, si yo soy la hija del rey y a ti no te conozco?

—Hummm. Pues eso nos lleva a un problema. Una de las dos está equivocada.

La niña se la quedó mirando muy seria. Se notaba que estaba deseando decir: «La que está equivocada eres tú». Pero ya tenía edad suficiente para que le hubieran inculcado, pese a su desparpajo, un mínimo respeto por sus mayores.

Lo que parecía evidente era que nadie le había explicado que en Esparta había dos reyes. Conociendo a su padre, que solía obrar como si su colega Damarato no existiera, a Ferenice no le extrañó.

—Tú debes de ser Gorgo.

—¡Hala! ¿Cómo sabes mi nombre?

—¿Cómo no voy a conocer el nombre de Gorgo, la única hija del rey Cleómenes?

—¿Soy famosa?

Ferenice se rio.

—Por lo visto, más que yo. Pero ¿sabes una cosa?

Ferenice extendió las manos para tomar las de la niña. Eran tan menudas y suaves, tan bien proporcionadas que, por alguna razón, se le hizo un nudo en la garganta.

—¿Qué cosa?

—En tiempos se habló mucho de mí. Fui la mujer más conocida y pretendida de esta ciudad. Incluso tu padre, aunque es más joven que yo, trató de cortejarme.

—¿Qué es cortejar?

—Quiere decir que intentó…

Ferenice titubeó. «Casarse conmigo» no era verdad, pero «acostarse conmigo» no parecía adecuado para una niña tan pequeña. Por otra parte, ¿con quién no había intentado acostarse Cleómenes? En el caso de muchas mujeres lo había conseguido. Ferenice estaba casi segura de que así había sido, por ejemplo, con su nuera Pércalo, la madre de Perseo y Nabis.

Lo cual tampoco era una hazaña de la que pudiera presumir Cleómenes, pues la castidad de Pércalo era más que cuestionable. Ni había llegado virgen a su matrimonio con Damarato, ni se había mantenido fiel después.

Decidió que lo mejor era orillar la cuestión y no abordar temas escabrosos.

—¿Por qué eras famosa? —insistió la niña.

Ferenice suspiró antes de responder.

—Tiene que ver con la diosa Helena. Aunque no lo creas, cuando nací, yo era una niña muy, muy fea.

—¿De verdad? No me lo creo.

—Más que un sapo. Mis padres…

En ese momento se oyeron voces en el exterior. Tras un rápido diálogo con los guardias, un joven pelirrojo entró en el templete. Ferenice apenas se fijó en su rostro, porque la carga que traía en los brazos reclamaba toda su atención.

Era su nieto Perseo. Tenía los ojos cerrados y los cabellos rubios manchados de sangre.

Detrás de ellos entró Nabis, jadeando. Más atrás, los dos guardias se asomaron con gesto preocupado.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Ferenice—. ¿No teníais que estar los dos con Hipólito?

Nabis miró al suelo y se retorció los dedos.

—Se nos ha perdido.

«Lo hemos despistado», interpretó la abuela. Habían venido todos juntos de palacio y ella los había dejado jugando con el pedagogo, contando con que no se separasen de él. Pero aquellos niños eran de la piel del sátiro Marsias, inquietos como lagartijas.

El joven pelirrojo depositó a Perseo sobre la alfombrilla de juncos en la que se había arrodillado Ferenice. Ésta se inclinó sobre su nieto y le removió el pelo, que era del color de la paja al final del verano.

El niño tenía una pequeña brecha un par de dedos por encima de la línea donde nacía el cabello. Por suerte, allí los huesos eran más sólidos; en una sien habría resultado mucho más peligroso.

—Está sangrando mucho —señaló la niña, acercándose a curiosear—. ¿Se va a morir?

—La sangre en la cabeza es muy escandalosa —dijo Ferenice, mientras usaba el borde de su túnica para limpiar la herida de su nieto. Por suerte, la hemorragia se había detenido. Pero el golpe tenía que haber sido bastante fuerte para hacerle perder el conocimiento—. Sólo tiene una rajita. ¿Qué ha ocurrido, Nabis?

—Ha sido un jabalí, abuela.

—¿Un jabalí? ¿Qué hacía un jabalí en esta zona?

—Es culpa nuestra, mi señora —intervino el joven pelirrojo.

Ferenice levantó la mirada y, por primera vez, se fijó bien en el muchacho. Vestía la típica túnica roja de los jóvenes de la *agogé*, descolorida por el sol y deshilachada de tanto rodar por el polvo y las zarzas. Además, estaba empapado y tenía despellejados los codos y las rodillas.

—Te conozco —afirmó Ferenice—. Tú eres Pausanias, sobrino del rey. ¿No es así?

Él enrojeció un poco y agachó la cabeza. Un joven tímido, pensó Ferenice. Nada que ver con su tío Cleómenes, que no lo había sido ni cuando era un crío.

—Sí, mi señora.

—Es mi primo —dijo la niña con aplomo, como si aquél fuera el dato más relevante de la vida de Pausanias.

—¿Qué haces tú aquí, Gorgo? —preguntó el joven.

—Estoy rezando a Helena con la reina, ¿no lo ves?

Ferenice reprimió una sonrisa y le revolvió el cabello a la niña. Ella arrugó un poco la nariz, pero no se apartó.

—¿Qué tienes que ver tú con ese jabalí, Pausanias? —inquirió Ferenice, volviendo la atención al joven pelirrojo.

—Hoy es la batalla de… Es decir, una de las batallas de los Platanistas. Los de Mesoa acabamos de luchar contra los de Pitana, pero hemos perdido.

—¿Y el jabalí?

—La víspera de la pelea, por la noche, cada uno de los dos equipos trae un jabalí para hacerlo pelear contra el del otro. Es decir, no un jabalí grande, sino un jabato. El nuestro ganó y dejó al otro malherido, así que pensamos que eso era un buen augurio y que íbamos…

—¿Qué ocurrió con el jabalí?

El joven se arreboló todavía más.

—Íbamos a guardarlo como mascota del batallón, pero se nos escapó. Era de noche y no fuimos capaces de encontrarlo.

—¿Y ése es el jabalí que ha atacado a mi nieto?

—El jabato. Sí, señora.

—Ha sido culpa de Perseo, abuela —intervino Nabis.

—¿Culpa de Perseo? ¿Por qué?

—Hemos visto al jabalí, que estaba tirado en el barro echándose la siesta. Yo le he dicho que lo dejara en paz, pero Perseo ha cogido un palo y ha empezado a gritar: «¡Soy Heracles! ¡Soy Heracles y voy a matar al jabalí de Erimanto!».

—Pero él no es Heracles, es Perseo —dijo la niña.

—Eso le he dicho yo. —Nabis empezó a sollozar, pero con los ojos secos su lloriqueo no resultaba demasiado convincente—. Él se ha empeñado y le ha pegado al jabalí con el palo en la tripa. Entonces el jabalí se ha levantado y le ha tirado al suelo, y Perseo se ha pegado en la cabeza con una piedra.

—¿Con una piedra?

—No, no. Con una rama. De esas que salen por debajo.

—¿Se ha dado con una raíz?

—Sí, eso, con una raíz. La piedra se la he tirado yo al jabalí, y se ha asustado y ha salido corriendo.

Ferenice miró a su nieto a los ojos. Lo conocía lo bastante para saber que mentía como un cretense. Lo hacía demasiado bien para ser un crío de siete años; si seguía practicando así, cuando fuera mayor conseguiría que los demás se tragaran todos sus embustes.

—¿Es así como ha ocurrido, Nabis?

—Sí, abuela.

—¿Seguro?

—¡Te lo juro!

Ferenice levantó la mirada hacia Pausanias, interrogante. El joven se apresuró a explicarse.

—Yo estaba saliendo del agua cuando he oído al jabalí y también he escuchado cómo gritaban los niños. Cuando me he acercado, el jabalí… el jabato había salido huyendo. Perseo estaba en el suelo, con la cabeza metida en un charco, así que he ido corriendo a levantarlo. Tu otro nieto se había subido a un árbol.

Ferenice se volvió de nuevo hacia Nabis.

—¿No acabas de decir que le habías tirado una piedra al jabalí?

—Sí, abuela. Me he subido al árbol para apuntarle mejor. Le he atizado en toda la cabeza.

—¿No será que estabas huyendo del jabalí?

—¡No, abuela! —Esta vez los ojos del niño se empañaron de verdad—. ¡Soy un espartano, no puedo huir!

—Mejor que no hayas huido —dijo Gorgo—. Los niños no tienen que ser cobardes.

—¡Yo no soy un cobarde!

Ferenice meneó la cabeza. Mejor sería dejar correr aquel asunto. Perseo no le tenía miedo a nada, pero Nabis no era ni de lejos tan valiente. O cambiaba, o cuando entrara en la *agogé* en unos pocos días lo iba a pasar muy mal. En Esparta no había nada peor que ser un *tresas*, un «temblón».

Ferenice volvió su atención hacia Gorgo. La niña se había agachado sobre Perseo y estaba haciendo algo con el borde de su peplo.

—¿Le estás limpiando la sangre con la túnica?

—Como tú antes. ¿No se hace así?

—Te va a caer una buena regañina en casa cuando te vean con esa mancha.

En ese momento, Perseo abrió los ojos. Tenía la cabeza de la niña encima, a apenas un palmo de la cara.

—¿Eres una ninfa? —preguntó.

Ella soltó una risita.

—No soy una ninfa. Soy una niña. Me llamo Gorgo.

Perseo no parpadeaba. Ferenice comprendió que la hija de Cleómenes le había gustado. No le extrañó. Había visto a crías más guapas que Gorgo, pero ninguna con unos ojos tan grandes y expresivos. Si nada se torcía, iba a convertirse en una joven muy atractiva. «Esperemos que en la forma de ser no salga a su padre», se dijo.

Perseo se incorporó y se llevó la mano a la cabeza.

—Me duele —se quejó y se miró la palma. Se había manchado, porque la herida todavía sangraba un poco.

—¿No sabes lo que ha pasado? —le preguntó Ferenice—. ¿No te acuerdas del jabalí?

—Del jabato, mi señora —puntualizó Pausanias, agachando la vista—. Con tu permiso.

Perseo meneó la cabeza, confuso, y volvió a mirar a Gorgo, como si los ojos de la muchacha fueran de piedra de Magnesia.

—No había ningún jabalí —dijo.

—Sí lo había —replicó Pausanias.

—No me acuerdo —aseguró Perseo, volviendo a mover la cabeza a ambos lados.

Ferenice miró de reojo a Nabis. Al escuchar que su hermano no recordaba lo del jabalí, había levantado los hombros como si le acabaran de quitar de encima un saco de piedras.

O de mentiras, se dijo Ferenice.

—Es normal que el muchacho no se acuerde.

Al oír aquella voz retumbante, Ferenice volvió la mirada hacia la puerta. Por ella acababa de entrar un hombre alto, de barba y cabello muy negros, vestido con una túnica roja que se pegaba a su torso revelando unos músculos que parecían de bronce. Llevaba en una mano dos pequeñas sandalias manchadas de barro y en la otra un estrecho ceñidor de piel.

—¡Tío Leónidas!

Gorgo se levantó, corrió hacia el recién llegado y saltó a sus brazos, lo que hizo que el hombre soltara las prendas de la niña para agacharse y atraparla al vuelo. Al enderezarse de nuevo, reparó en la presencia de su sobrino Pausanias.

—¿Qué haces tú aquí?

Pese a lo tímido que era el joven, con su tío parecía capaz de hablar sin repetirse, atrancarse ni ponerse colorado. Ferenice, que conocía a Leónidas desde hacía mucho, pensó que aquel hombre irradiaba un aura de serenidad que, a su vez, infundía confianza en los demás. Sin duda, mucha más confianza de la que podría inspirar jamás su hermanastro, el rey Cleómenes.

Cuando Pausanias terminó de explicar la historia de los Platanistas y el jabalí que habían adoptado como mascota, Leónidas le dijo:

—Mejor será que te encargues de que ese animal no haga daño a nadie más.

—Sí, tío. —Pausanias hizo ademán de irse, pero luego pareció recordar algo y se volvió para despedirse de Ferenice con una leve inclinación de cabeza—: Adiós, señora. Espero que tu nieto se ponga bien.

Ella correspondió con una suave sonrisa. El joven volvió a dirigirse a la puerta y de nuevo se detuvo, esta vez para dar un beso a su prima en la mejilla antes de salir corriendo.

Una vez que Pausanias se hubo ido, Leónidas echó un poco la cabeza atrás para mirar a su sobrina con gesto grave.

—¿Qué te he dicho yo, Gorgo? Si te escapas otra vez, no volveré a salir de paseo contigo.

La niña desvió la mirada y, ensortijándose un mechón de pelo con el dedo, respondió:

—Yo no quería escaparme. Es que me han entrado ganas de correr.

Al ver que Leónidas apenas lograba disimular una sonrisa bajo la espesa barba negra, Ferenice pensó: «Buenas piezas de críos tenemos». El instinto natural de los niños siempre era desobedecer y seguir su propia y caprichosa voluntad. En eso, la educación espartana resultaba paradójica: se enseñaba a los chicos a doblegarse a la ley y a sus mayores, recurriendo a la vara y al látigo cuando era menester; pero también se los sometía a tales condiciones que necesitaban recurrir al engaño y al hurto para sobrevivir en la instrucción. La mezcla justa de disciplina e iniciativa de la que salían grandes guerreros y generales.

Los mejores del mundo.

—¿Por qué has dicho que es normal que mi nieto no recuerde lo que ha pasado, Leónidas? —preguntó Ferenice, poniéndose de pie y dándole la mano a Perseo para que hiciera lo propio.

—Suele ocurrir con los golpes en la cabeza. He visto a muchos guerreros que, después de sufrir un golpe en el yelmo, no recuerdan ni tan siquiera haber participado en la batalla, y eso después de matar a más de un enemigo.

Sin soltar a la niña, Leónidas se acercó a Perseo y le apartó un poco el pelo para examinar la brecha.

—Tu primera herida de guerra. No será la última, espartano.

—¡Pero yo no me acuerdo!

Leónidas se acomodó a Gorgo en el brazo izquierdo y levantó el derecho para mostrarlo a los demás. Allí, en el antebrazo, tenía una cicatriz que se extendía casi desde la muñeca hasta el codo.

—¿Ves esta herida?

—¡Hala, qué larga es!

—Imagínate lo que pudo sangrar. Pues no me di cuenta de que la tenía hasta que terminó la batalla, y todavía hoy sigo sin saber quién demonios me la hizo ni cómo. ¿Ves? Hay heridas del cuerpo que no se recuerdan. En el fondo, eso es una suerte.

—¿Y las heridas del alma, Leónidas? —preguntó Ferenice.

Leónidas la miró y levantó una ceja.

—Ésas son peores, mi señora. Roguemos para que ninguno de estos niños tenga que sufrirlas.

«Pero las sufrirán —pensó Ferenice, recordando la profecía del adivino—. Vaya si las sufrirán».

Era la primera noche que Perseo pasaba sin su hermano, al que por la mañana se habían llevado a la *agogé*. Ambos habían llorado: Nabis porque no quería ir y Perseo porque no quería quedarse solo en palacio. Compadecida de él, Ferenice lo había hecho venir a sus aposentos para que cenara con ella. También se hallaba presente Hipólito, el pedagogo, para el que Perseo se había convertido en la única tarea.

Al ver a su nieto tan triste, Ferenice decidió recurrir a una historia que nunca fallaba, un relato que solía contarle a ambos mellizos y que hacía que se troncharan de risa.

—No te preocupes, Perseo —le tranquilizó—. Ahora te crees muy infortunado porque tu hermano se ha ido y tú te has quedado solo en palacio. Pero la suerte puede cambiar.

—No sé cómo —respondió el niño con aire mohíno, removiendo el caldo con la cuchara y apartando a un lado y otro los trozos de cebolla y vísceras.

En un rincón de la estancia, una joven con labio leporino tocaba una triste melodía con la lira. Ferenice le hizo un gesto para que cambiara a una pieza más alegre y dijo a su nieto:

—¿Sabes que yo era la niña más fea de Esparta?

—Sí, abuela. Siempre nos lo cuentas a Nabis y a mí.

Su hermano y él solían decir: «No nos creemos que fueras tan fea, abuela. Eres muy guapa. ¡Hasta eres más guapa que mamá!». Comentario que a su madre, Pércalo, cuando alcanzaba a oírlo, le hacía torcer el gesto como si la hicieran tragar una cucharada de vinagre. Y su abuela contestaba: «Lo era, y mucho. Algún día, cuando seáis mayores, os contaré cómo dejé de serlo». Pues a Ferenice, como buena narradora, le gustaba racionar sus relatos para darles más interés.

—Pero es que no te haces idea de lo fea que era —insistió Ferenice ahora—. ¡Más fea que una Gorgona!

Por pura costumbre, Perseo levantó la mirada. Su abuela abrió los ojos como dos platos y sacó la lengua en un gesto que, se suponía, debía convertir en piedra a todo el que lo mirara. El niño conocía muy bien la historia de las Gorgonas: a él le habían puesto el nombre del antepasado de ambas casas reales, el mismo Perseo que mató a Medusa, la única Gorgona mortal, y le cortó la cabeza. Cuando su abuela hacía el gesto, Nabis y él tenían que taparse la cara rápidamente.

—¡Te he convertido en piedra, Perseo! —exclamó ahora Ferenice.

Al ver que su nieto no le seguía el juego, la mujer decidió no insistir en la broma.

—¿Quieres que te cuente algo que nunca os he contado antes?

Casi sin querer, Perseo se interesó.

—¿No nos lo has contado?

—No, ya te lo he dicho.

—¿No lo sabe ni Nabis?

—Claro que no. ¿Cómo se lo iba a contar a él solo si estáis siempre juntos?

Por más que Perseo echara de menos a su mellizo, el privilegio de conocer algo reservado únicamente a sus oídos suponía una tentación irresistible.

—Cuéntamelo, abuela.

—Sigue cenando, que todavía te queda caldo —dijo Ferenice, cruzando una mirada rápida con el pedagogo, que asintió con gesto grave.

Perseo metió la cuchara en el cuenco y se la llevó a la boca. Normalmente tenía buen apetito; tanto que comía casi el doble que su hermano. Hipólito lo regañaba a veces, asegurando que la frugalidad era una de las mayores virtudes espartanas. Pero su abuela tenía impartidas órdenes de dar de comer a su nieto lo que éste fuera capaz de devorar, ya que saltaba a la vista que todo lo que ingería lo gastaba o lo convertía en

hueso y músculo. «Heracles no se convirtió en el mayor héroe de Grecia comiendo sólo coles y nabos», solía decir.

—No te creas que, cuando digo que era fea, exagero —prosiguió Ferenice—. Era tan fea que, de haber sido varón, los ancianos del consejo me habrían abandonado en el monte Taigeto como hacen con los niños deformes. Mi propia madre estaba tan horrorizada por mi cara de sapo que se le cortó la leche, y tuvieron que pagar a una nodriza llamada Glicía para que me diera el pecho.

Lo de tener nodriza no era algo que extrañase a Perseo. Su hermano y él habían compartido la misma, una mujer robusta y descarada llamada Amiclas que seguía sirviendo en palacio. Ella se lo recordaba de vez en cuando: «Os habéis criado a mis pechos». «¿Eso no lo hacen las madres?», preguntaba Nabis. «Sí, anda que ibais a catar vosotros la ambrosía de los divinos pechos de vuestra madre», respondía Amiclas.

Por aquel entonces, eran demasiado jóvenes para captar el sarcasmo.

—Glicía me tenía mucho cariño pese a que yo era más fea que un cardo borriquero seco —continuó Ferenice—. Todos los días me llevaba a Terapne, al otro lado del Eurotas, ante el altar de Helena.

Al mencionar el nombre de la hija de Zeus y Leda, Ferenice se llevó a los labios una medalla con su efigie y la besó. Después prosiguió su relato.

—Allí me colocaba en el suelo, delante de la estatua de Helena, y le rogaba: «¡Por favor, hija de Zeus, tú que por tu belleza provocaste la mayor guerra que el mundo ha conocido, libera a esta niña de su extrema fealdad!».

—¿Y qué pasó entonces, abuela? —preguntó Perseo. Casi sin darse cuenta, había terminado con el tazón de caldo. A un gesto de Ferenice, una criada puso ante el niño un platito con una porción de queso fresco de cabra con miel. Perseo se lo comió en apenas seis bocados y después se chupeteó los dedos.

—Pues un día en que la nodriza me traía de vuelta del santuario, se encontró con una mujer muy alta y de porte noble, a la que no conocía ni de vista. «¿Qué llevas en los bra-

zos?», le preguntó la mujer. «Nada», contestó Glicía, que me estrechó en su regazo y me tapó aún más, pues mis padres estaban tan avergonzados de mí que le habían ordenado que no me enseñara a nadie. Pero como la mujer se empeñó tanto, al final me descubrió la cara.

»La desconocida me acarició la cabeza, pese a que tenía el pelo tan fino y quebradizo como el de una rata, y dijo: "Esta niña llegará un día a ser la mujer más bella de Esparta".

—¿Quién era esa mujer, abuela?

Ferenice miró de reojo a la criada y a Hipólito, que sonrieron. Como respuesta, le acercó a Perseo el medallón.

—¿Era la diosa Helena? —preguntó el niño.

—¿Quién si no? Desde ese mismo día, empezó a cambiarme la cara. Se me quitaron los ojos de sapo, el pelo de rata y la nariz de cerdito, y empecé a ser, y perdóname la inmodestia, una niña bastante guapa.

Lo cierto era, como comprendería Perseo con los años, que entre las muchas virtudes de su abuela una de las ausencias más conspicuas era la de la modestia. Pero ahora estaba demasiado embelesado con el relato para poner pegas.

—¿Y por eso te casaste con el abuelo, porque el rey se tiene que casar con la mujer más guapa? —quiso saber Perseo, pensando en su propio futuro. Casi inconscientemente, se le pasó por la cabeza la imagen de aquella niña, Gorgo, a la que había conocido unos días antes, cuando el jabalí le golpeó en la cabeza. Sin saber muy bien por qué, al pensar en ella se ruborizó.

Ferenice soltó una carcajada.

—Las cosas no son tan sencillas.

—Señora —intervino Hipólito—, ¿no crees que Perseo es demasiado joven para escuchar…?

—¡Pamplinas! Esto es Esparta, no una ciudad de mojigatas como Atenas.

Ferenice le contó una historia un tanto enrevesada para que un niño de siete años comprendiera todos los pormenores. Aunque Perseo retuvo en la memoria todo lo que pudo, muchos detalles los completaría con los años. De otros, los

que con el tiempo provocaron un vuelco radical en su vida, nunca llegaría a estar del todo seguro.

Antes de casarse con el rey Aristón, explicó Ferenice, ella había sido durante un breve tiempo esposa de un noble guerrero llamado Ageto, hijo de Alcidas. Ageto y Aristón eran íntimos amigos, por lo que se visitaban y cenaban juntos a menudo. Como subrayó Ferenice, los espartanos no eran como otros griegos, que mandaban a sus mujeres a cenar al gineceo, de modo que ella y el rey Aristón se veían bastante. Ambos se habían enamorado y empezaron a intercambiar notas en secreto.

—No es que yo quisiera cometer adulterio —puntualizó Ferenice—, sino casarme con el rey.

—¿Qué significa adulterio, abuela?

—Algo que no existe en Esparta —intervino Hipólito en tono severo.

—Vuelve a hablar sin mi permiso y te mando a dormir junto a la puerta de las letrinas —dijo Ferenice, levantando un dedo admonitorio hacia el pedagogo.

Después volvió a beber de su copa de vino, responsable en buena parte de que estuviera relatando tales confidencias a su nieto. Éste también comprendería, con el tiempo, que Ferenice, una gran conversadora, apenas se hablaba ni con su taciturno hijo ni con su antipática nuera, por lo que siempre estaba deseando charlar con otras personas.

—La cuestión es que yo quería casarme con el rey —repitió Ferenice, sin explicar aquel término, «adulterio», que había despertado la curiosidad de Perseo.

Aristón ya estaba casado en segundas nupcias, pero ni de éstas ni de las primeras había conseguido engendrar un heredero para el trono. Por eso, Ferenice lo convenció para que repudiara a su esposa, aunque no debía hacerlo hasta que llegara el momento conveniente. En cuanto a ella, para librarse de su marido Ageto tuvo que urdir un plan más complicado. Si bien las espartanas gozaban de más libertad que las demás mujeres griegas —«Para eso somos las únicas que parimos hombres de verdad»—, dicha libertad no era tanta como para divorciarse unilateralmente.